

ANALISIS DE LA PAZ

por ANGEL GONZALEZ DE MENDOZA

Teniente General

Lo que nos proponemos, en efecto, es un análisis de la Paz. Pero no en un sentido abstracto y filosófico, sino en un sentido específico, en el sentido de la paz española que conquistaron los Ejércitos de la Guerra de Liberación, con su victoria.

En este año de 1964, en que conmemoramos el XXV aniversario de la Victoria, con sus veinticinco años de paz; de la victoria española por antonomasia; porque, como he dicho otras veces, es la victoria de España sobre sí misma, sobre la escisión que en la mentalidad roquera del celtíbero introdujeron modos y modas externos y tenebrosos, sobre la tortuosidad que quiso imprimirse a la línea recta inflexible de la independencia nacional; en este XXV aniversario de la victoria, digo, no puede faltar un examen de conciencia, una especie de repaso del papel de las Fuerzas Armadas del país, en este cuarto de siglo de paz interior y exterior (1).

Pero no de paz desmayada y estéril. No de paz decadente por falta de vitalidad. Sino de paz activa y vigilante. De paz de fortaleza que, bloqueada a distancia, no se atreve el enemigo a atacarla abiertamente porque está seguro de la inmediata reacción. De paz vital y trascendente arraigada en el pasado y proyectada hacia el futuro.

Y el punto de partida de este examen de conciencia tiene que ser el perfil, los parámetros morales, las características espirituales del Ejército nacional que desfiló el día de la conmemoración de la Victoria de abril de 1939.

(1) La mayor parte de estos conceptos son del discurso de Clausura del autor, en el XIV Curso de Problemas Militares de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de Santander.

ESCISIÓN IDEOLÓGICA DEL EJÉRCITO

La escisión ideológica del Ejército en los albores del siglo XIX, en el fondo más política y social que dinástica, no terminó con el llamado «abrazo de Vergara», ni mucho menos. El análisis de los llamados «pronunciamientos» —que como tantas otras voces españolas político-militares ha alcanzado difusión internacional— con sus matices rivales o contrapuestos de liberales, progresistas, moderados, reaccionarios... hace pensar, como así es de hecho, que la llamada «revolución», el ataque solapado a la que antes llamé mentalidad roquera celtibérica, se había centrado en la que tantas veces hemos designado, con frases de Calvo Sotelo, columna vertebral de la patria: las Fuerzas Armadas. Su escisión, su disolución, era premisa obligada para el triunfo de la revolución. Y al proceso apuntado del siglo XIX, siguió el del primer tercio del actual.

Por no citar más que los momentos más destacados de este proceso, recordemos: el «¡Qué baile!» y el «Cut-Cut», de Barcelona; la subversión y clandestinidad de las Juntas Militares de Defensa, en 1917, en coincidencia con las huelgas revolucionarias del mismo año; la captación, en Marruecos, en coincidencia con las supuestas «responsabilidades» de 1921, de mandos militares con cualidades y prestigio indudables —pero de moralidad dudosa y débil— para secretos compromisos internacionales; la «trituration» de los Ejércitos al advenimiento de la República, para tratar de eliminar los elementos de entereza moral resistente, etc. Son etapas diversas, pero decididas, de una voluntad permanente de disolución, de escisión, para vencer más fácilmente.

EL GLORIOSO MOVIMIENTO NACIONAL DIO AL EJÉRCITO HOMOGENEIDAD ESPIRITUAL

Es indudable que la guerra en que la República transformó el Glorioso Movimiento, tan distinta en su forma y en su fondo de las que había disputado en el siglo XIX y principio del XX, dio al Ejército Nacional una homogeneidad espiritual que antes no había tenido.

Y si analizamos por qué, habrá que decir que porque nunca, hasta entonces, el brazo armado de la Nación se había enfrentado con el

«ser o no ser» de España, con el problema más definitivo de supervivencia nacional. O España se alzaba de su postración y decadencia, en defensa propia, o perecía a manos de sus enemigos del exterior introducidos por los del interior.

No es, sin embargo, tan sencillo el logro de una ideología común. Generalmente no se acepta con entusiasmo ni se sigue sin vacilación —incluso hasta la muerte— más que en los períodos de grave crisis, cuando se pone en juego la vida de la Patria y de la familia, del conjunto y de los individuos. Lo que a lo largo de nuestra historia se ha llamado Guerras de Liberación y de Independencia. Desde Indíbil y Mandonio a Viriato y Sertorio. De Numancia y Covadonga a Vitoria y Bailén.

Porque el proceso de nuestro acontecer nacional muestra que a cada Guerra de Independencia siempre sigue una verdadera Guerra de Liberación. En Guadalete, con don Rodrigo, no sólo se ahoga la Monarquía visigoda, sino la Iberia católica de los Concilios de Toledo. Y 725 años costó la liberación del territorio nacional, islamizado al perder la Independencia.

Y lo más asombroso no es la tenacidad, tan impropia de nuestro temperamento individualista, sino el sentido perdurable de «reconquista» durante esos ocho siglos, que siempre se consideraron como de «ocupación» provisional, y el de definitiva liberación que impera en el estudio de la historia de los últimos cinco siglos transcurridos.

Sin embargo y pese a ese sentimiento subconsciente apuntado, la historia también demuestra que, pasado el peligro, la ideología común comienza a diversificarse. Como dice la Epístola de San Pablo a Timoteo, se empieza a acudir a la caterva de Doctores que halagan los oídos, y, poco a poco, la ideología salvadora empieza a estorbar. Se sienten ansias de experimentar novedades y se pone en peligro lo que costó tanto esfuerzo, tanta sangre y tantas lágrimas a los de generaciones anteriores, que lograron poner la nación en pie, mediante su entusiasmo e ideal común.

QUIÉNES FORMABAN EL EJÉRCITO DE LA PAZ

Porque el Ejército de la Victoria de 1939, el que trajo las banderas victoriosas «al paso alegre de la paz», no era solamente el Ejército profesional; lo formaban en realidad todos los grupos sociales de la nación, de ideas sanas; todos los estamentos cultos y de orden. Todas

las almas sencillas y creyentes, desde los Prelados a los oscuros campesinos, sintieron en su interior el llamamiento a las armas. Se movilizaron moral y materialmente ante la llamada de ¡al Arma! nacional en el más amplio sentido prístino de la frase.

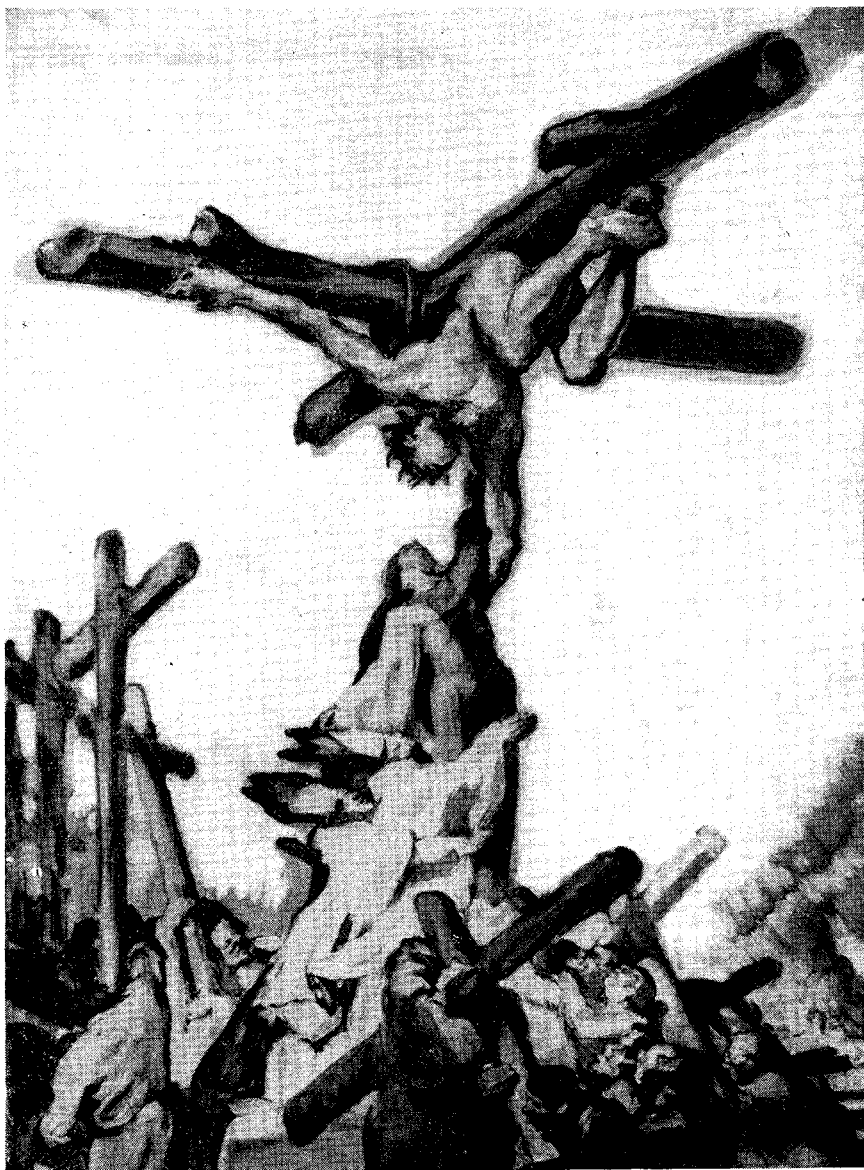
Pero no fue una llamarada sin un mañana. No fue una fogata de pajas que se consume en su propio ardor. La huella que su paso por el Ejército nacional del Movimiento, por las Fuerzas Armadas de la Liberación, ha dejado en ellos, es profunda y duradera. Podemos decir que vitalicia. Y no sólo para los que después trocaron la calidad de movilizado por la de profesional, y, junto a los grados militares ostentan con orgullo la insignia, hoy de calidad nacional, de Alféreces Provisionales, sino también para las gloriosas asociaciones y hermandades que, nacidas al calor de los recuerdos de los aciagos días superados en común, son hoy orgullo, ornato y garantía de la solidez española, del peso específico de la España eterna. Como las de ex-combatientes, alféreces provisionales, ex-cautivos, supervivientes del «Balears», voluntarios de la División Azul..., y cuantos conservan en la vida civil el espíritu de hermandad y de Cruzada que informó su actuación en ella.

No sería exagerado afirmar que cuantos representan algo en España a los veinticinco años de paz, «en medio del camino de la vida», que diría Dante, pues han rebasado los cuarenta en todos los estamentos sociales, están en esa idea. Las pocas disidencias tendrían que seguir de los que no vivieron las causas ni alcanzaron los efectos. O de los que su propia felonía les lleva a ampararse tras unos símbolos sagrados, con la vana esperanza de no ser descubiertos por la celosa vigilancia del nuevo Estado.

Pero retrocedamos un cuarto de siglo y preguntémos:

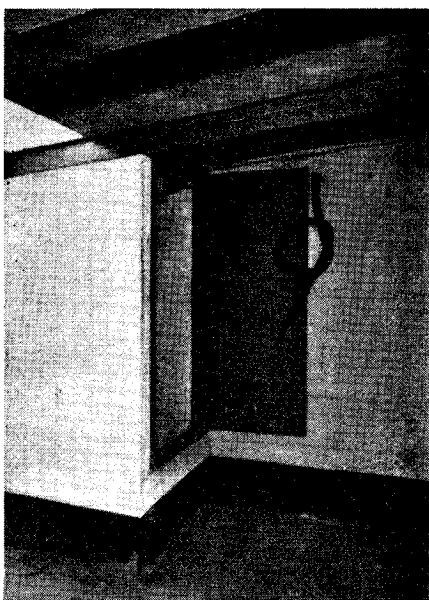
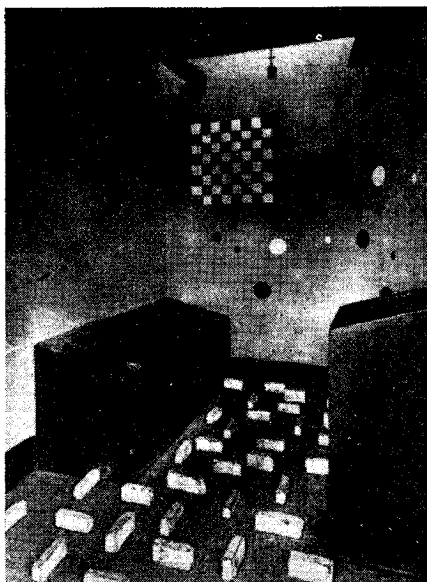
¿QUÉ PENSABA EL EJÉRCITO CUANDO LA VICTORIA DE 1939?

Sería muy fácil contestar ahora esa pregunta adornando a los combatientes de aquella hora con los pensamientos, cualidades y virtudes convenientes para probar toda nuestras afirmaciones anteriores. Pero será mucho más sincero y más real hablar con palabras de entonces; exhumar un juicio contemporáneo literalmente. Yo mismo escribía en el diario *Ya*, en mayo de 1939, con ocasión del Desfile original de la Victoria y bajo el título de «Cuando pasaba Navarra».



Sentido espiritual de la Cruzada: Santa Teresa presenta a Nuestro Señor a los Mártires españoles que han dado la vida por la Fe.

(Obra de José M.^o Sert, que figuró en la Exposición de Material cogido al enemigo y celebrada en San Sebastián en agosto de 1938.)



Violencia de la revolución marxista: «chekas» de la calle de Vallmajor, de Barcelona, construidas por la sección española de la O. G. P. U. soviética.

(Del libro de Francisco Lacruz, «El Alzamiento, la Revolución y el Terror en Barcelona».)

«El cronista debe a los lectores una confesión; es navarro y, por ello, apasionado, no puede sustraerse al influjo de ese nombre, y por esa causa el título no hace sólo referencia al Cuerpo de Ejército, que de manera tan brillante condujo Solchaga de victoria en victoria, sino a lo que esas magníficas tropas, formadas por hombres de todas las regiones de España, representan; a la concreción viva del espíritu de Navarra. Al pasar Solchaga al frente del Cuerpo de Ejército que conquistó para la provincia de su nombre la más preciada recompensa militar: la laureada, pasaba Navarra; sus campos verdes, sus montañas ásperas, sus corazones encarnados a imitación del del Salvador, que, llevados en la cabeza, parecen boínas y son el símbolo del sentimiento, sobreponiéndose al cálculo; sus semblantes austeros de renunciamiento por la idea y su lealtad única a través de los tiempos y de la historia.

»Y al pasar Navarra, pasaban en espíritu aquellos gloriosos caídos: Mola, Ortiz de Zárate, Beorlegui, Villanova, Molina, Tejero, Vara del Rey..., y tantos otros que mandaban sus fracciones, también de espíritu, de aquellas Brigadas de Navarra, que, desaparecidas para dar paso a la organización normal del país que llega a su plenitud, dejaron en el aire el perfume de las bellas que entraron en el claustro para consumir su sacrificio, después de haber constituido el encanto de una sociedad.

»¿Y por qué no recordarlas? Algunas, como la primera, la segunda y la sexta, como los hijos que alcanzaron la mayor edad, formaron hogares felices, que se llamaron Cuerpos de Ejército del Maestrazgo y Urgel, cuyos nombres bien dicen de sus actividades gloriosas. Otras, como la tercera, después de ser constantemente Navarra, se fundió en fraternal abrazo con Castilla; otras, como la cuarta y la quinta, terminan la campaña con la sonrisa satisfecha del que vuelve al regazo materno.

»De la historia brillante de la cuarta de Navarra, se ha ocupado estos días la Prensa, y ha admirado a la zona recién liberada la gesta heroica de ella y la llegada al Mar Mediterráneo, de resonancia internacional. Siente, pues, el cronista el deseo de ocuparse de la quinta.

»¿Sabéis cómo nació la quinta de Navarra? ¡Qué paradoja! Nació en Vizcaya en aquellos días de Guernica, cuando los grotescos dirigentes bilbaínos afirmaban que nunca se tomaría el Sollube, y la quinta de Navarra tomó el Sollube...

»Y cuando apenas podía volar, como las golondrinas que dejan el

nido, se encaramó la primera en el cinturón de Bilbao, y, tomando aliento en Archanda y Santo Domingo, se posó en el Arenal.

»Alcanzada la mayoría de edad, fue llamada a Brunete, en compañía de la cuarta, y allí, en las alas, fingiendo un fraternal abrazo a sus compañeros del Centro, estrangularon la cacareada ofensiva de Miaja, mientras por el centro Barrón pinchaba el globo grotesco del «Avance arrollador» de los rojos.

»No podría relatar ni someramente los hechos gloriosos de la quinta de Navarra; sólo el dar nombres alarga este apunte sugerido al paso, tal vez más de lo que conviniera; pero donde la guerra fue dura estuvo la quinta, y donde estuvo la quinta sonrió la victoria.

«Comillas, San Vicente, Panes, Covadonga (Bautista-Sánchez, nuevo Pelayo), Infiesto, Zuera, Teruel, Alfambra, Muletón —¡corazones en brasa fundiendo la nieve!—, Escatrón, paso del Ebro a viva fuerza; Bujaraloz; Cataluña, desflorada por la Quinta de Navarra; Serós, Mayals, Montblanch, Valls, Tarragona, Villafranca del Panadés, Vallvidriera, Barcelona —¡quien os envió irrumpiendo por la Gran Vía Diagonal!—, Figueras y sus tesoros de las mil y una noches. El Perthus, la Sierra de Alcaraz, fueron la ejecutoria de nobleza de la Quinta de Navarra, de que son reyes de armas Bautista-Sánchez, Capalleja, Mantilla, Esquifino, Ubach, Ruiz, Imaz, Pacheco..., y tantos, que temo olvidar alguno y dejo de escribir.

»Dice el adagio castellano que «no hay quinto malo». Digamos ahora que hay una «quinta espléndida», la Quinta de Navarra.»

De esa lírica con moral victoriosa que nos trae un eco de hace veinticinco años, ¿qué consecuencia cabe sacar del pensamiento de las Fuerzas Armadas al advenimiento de la Victoria?

Dos afirmaciones esenciales y rotundas, que se leen entre líneas en los párrafos antecedentes:

1.º Que el futuro de la vida española tenía que edificarse, y, de hecho, se edificaba sobre la Victoria militar, sobre el triunfo de las Fuerzas Armadas, expresión bélica de la sociedad en autodefensa.

2.º Que esas Fuerzas Armadas en su máxima generalidad de inclusión de todas las fuerzas del Alzamiento, militares y paramilitares, estaban en condiciones, por sus propios hechos, de establecer en España un nuevo orden jurídico que, también de hecho, había

empezado a establecerse simultáneamente con las operaciones militares.

LA PAZ HAY TAMBIÉN QUE GANARLA

Las conclusiones a que podemos llegar, aceptadas estas dos premisas, son importantes.

En primer lugar, y en virtud de la primera, a aquella frase profética y genial del Caudillo, a la que los españoles, preocupados con el acontecer diario, no dieron todo el alcance, significación y alborada de futuro que hoy nos muestran veinticinco años de paz, cuando ofreció que una vez ganada la guerra había que ganar la paz. Porque la paz, que es un don del cielo, no es un don enteramente gratuito. Le pasa lo que al estado de gracia, que también se gana y hay que merecerlo.

La paz se gana, como decía S. E. el Generalísimo. Y todo lo que se gana, es que también se puede perder; y perder la paz es caer de nuevo en la guerra.

La consecuencia es bien clara. No sólo, como antes dijimos, que la vida española tenía que edificarse sobre la base de la victoria de sus Ejércitos, sino que había que edificarla, teniendo todos en cuenta que del «cómo» se edificara dependía la duración de esa paz. Que no puede ni debe olvidarse la afirmación del Doctor Albert Schweitzer, en su discurso, al recibir el premio Nóbel de la Paz: «El germen para futuras guerras pervive, si al realizarse una nueva ordenación de las circunstancias después de una guerra, no se tiene en cuenta lo históricamente acaecido, y no se aspira, en función de ello, a una solución objetiva y justa. Pues únicamente esta solución es capaz de llevar en sí la garantía de lo duradero.»

Para nuestro caso esta línea de conducta, aún no formulada expresamente, pero claramente intuida, tenía que traducirse en la necesidad de establecer en España un nuevo orden político, un nuevo orden jurídico y un nuevo orden social.

No es operación sencilla, ni breve, la de este establecimiento. Si esta nueva siembra ha de arraigar, necesita tiempo, y largo; y, entre tanto, hay que vivir, hay que restañar heridas, hay que reconstruir, hay que crear un clima de confianza y convivencia en el nuevo Estado.

Y este interregno constructivo, esta fase de autoridad restaura-

dora, no podía llenarlos más que la única autoridad que quedó al terminar la guerra de Liberación: los Ejércitos de España, y, en su representación y concreción, su Caudillo victorioso. El Generalísimo de Tierra, Mar y Aire.

La celebración en este año de los veinticinco de fecunda paz española, dice, más que ningún comentario, cómo ha cumplido su compromiso y cómo ha ganado la paz, tal como ofreció después de haber ganado la guerra.

EVOLUCIÓN DE LOS ACONTECIMIENTOS DESDE 1939

Acaso sea ésta la primera vez en la historia, y no es pretensión, que una guerra enteramente mundial sigue y corona, con menos de seis meses de intervalo, a una aparente guerra civil a cuya palestra habían venido a medir sus fuerzas y ensayar sus medios los países más representativos de las dos tendencias ideológicas que, al fin, dividieron el mundo, y cuyos exponentes extremos se habían enfrentado en la Península Ibérica, elegida como campo de experiencia y como ala occidental, ya lo dije en otras ocasiones, de un gigantesco Cannas político de Europa.

Las consecuencias que esta concatenación bélica había de tener para España, eran tan imprevisibles como peligrosas.

Para hacerles frente victoriosamente se requerían clarividencia y tacto excepcionales, ya que había que comenzar, *incontinenti*, la reconstrucción y reconciliación nacionales, o el país caía en el colapso y la desaparición como potencia civilizada.

Pero, a su vez, la reconciliación nacional y la reconstrucción imponían condiciones suplementarias a esas clarividencia y tacto.

— La reconstrucción nacional exigía serenidad en el interior y altanería en el exterior.

— La reconciliación nacional, no tomar partido en la contienda; neutralidad.

— La neutralidad y la serenidad exigía una completa cobertura y una hábil resistencia a las presiones que trataran de violentar la neutralidad.

En una palabra, que el Ejército movilizado de la postguerra española tenía dos funciones fundamentales: la de neutralidad y la de resistencia. Y ambas las llenó plenamente, dando lugar, con ello, al

cumplimiento que conmemoramos de un cuarto de siglo de paz española.

NUEVAS ACTITUDES

Este mismo hecho de los veinticinco años de paz, que venimos considerando, pone en primera línea a las generaciones que no vivieron la guerra ni sus antecedentes, sino que alcanzaron el pleno uso de razón cuando la paz estaba prácticamente consolidada.

Y es natural, pues como he dicho en otras ocasiones, sólo es verdaderamente aleccionadora la propia experiencia, que consideren la paz en que han crecido y vivido, como un fenómeno natural, sin pararse a pensar a qué o quién se lo deben.

Quiere ello decir que en el cuarto de siglo transcurrido en plena paz y reconstrucción bajo el mando y encuadramiento de los mismos que lucharon en la guerra y vencieron en ella y en la paz, empieza ese encuadramiento, por la fuerza del tiempo y de las cosas, a ser objeto de un paulatino relevo que, en plazo históricamente breve, llevará a los cuadros de mando, tanto políticos como militares, a los elementos de generaciones que no habiendo vivido la España trágica de la revolución, consideran como fenómeno lógico la de la recuperación, no dándose cuenta muchos de ellos de que la suma de pequeñas veleidades demagógicas que empezaron como un juego y como el descubrimiento de una original inadaptación, no son más que el viejo y caduco proceso de la revolución corrompiendo los sanos impulsos de la juventud.

LA SUTURA DE LAS GENERACIONES

En el Ejército se iba a plantear el primer problema de las generaciones.

La incorporación ineludible, tanto a sus cuadros como a sus contingentes, de las generaciones de postguerra, iba a imponer todo un proceso de intercambio de ideas, de procedimientos, entre los protagonistas de la lucha y los que no la vivieron ni pudieron asistir a ella.

No es, ni mucho menos, fácil este proceso de intercambio que, en general, se ha desarrollado bastante satisfactoriamente.

Y no estará de más señalar las principales dificultades que entraña esta sutura, para que, en lo posible, todos evitemos caer en ellas.

En primer lugar hay que dejar sentado que en esta sutura intervienen fatalmente tres escalones:

- 1.º: El de los protagonistas de la guerra.
- 2.º: El de los que la vivieron sin edad adecuada para participar en ella, pero con el discernimiento necesario para captar el ambiente y el riesgo corrido.
- 3.º: El de los que no tenían discernimiento para captar los riesgos, junto con el de los privilegiados que nacieron con todos los problemas resueltos, y ahora creen, o tienen tendencia a creer, que los primeros exageran su participación y los segundos los riesgos corridos.

No tratamos con esta enumeración de dar ni quitar la razón a ninguna de las categorías reseñadas, sino de señalar hechos, o mejor, de marcar tendencias inevitables en el examen de los hechos, que pueden arrastrar a ciertas actitudes.

El que ha vivido un episodio cruento, queda impresionado por él con huella que perdura a través del tiempo. El que lo ha conocido de segunda mano como episodio cruento, pero ha vivido el ambiente de riesgo e incertidumbre que lo rodeaba, queda menos impresionado por el hecho en sí, pero conserva el sentimiento de zozobra, de inseguridad, ante síntomas ambientales que le recuerdan el riesgo corrido. Por último, el que no ha sido impresionado por los hechos en ninguna de ambas formas, recibe los relatos de los mismos que le hacen los demás, con la emoción estética de la poesía épica o de la literatura ahora mal llamada de «suspense»; pero sin capacidad personal para una captación ambiental que, en visión nemotécnica emocional le ponga, por reflejo, en guardia ante determinadas y atractivas falsas doctrinas siempre gratas a la juventud.

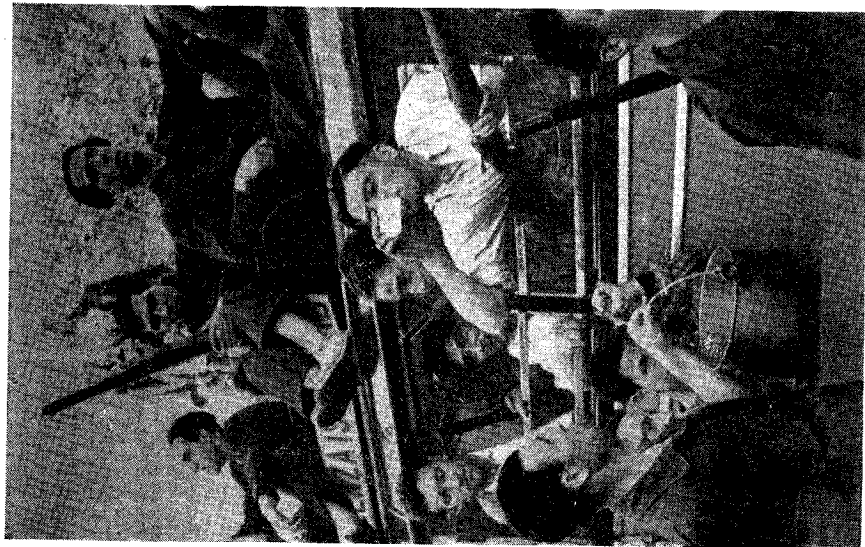
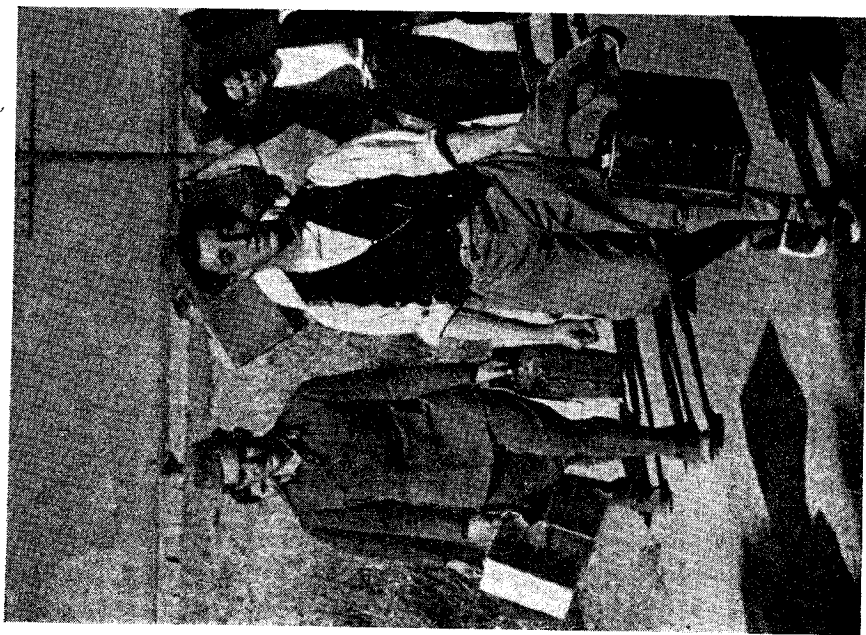
Por eso es extraordinariamente difícil el papel docente de las dos primeras categorías, y de edificante humildad el de la tercera, no porque se le niegue el derecho a las ideas y a la experiencia propia, sino porque es de interés que las examine a través de la experiencia histórica de sus mayores para no caer en los errores principales en que, por acción u omisión, ellos cayeron. Y esto requiere unas dotes de humildad y reflexión que no se pueden exigir de todas las inteligencias, pero sí de una inmensa mayoría de los bien formados moral, espiritual y técnicamente.

En una palabra, hay que evitar a todo precio que a las tres categorías que, cronológicamente, hemos diferenciado, se las convierta,



Heroísmo de la Cruzada: el Alcázar de Toledo resiste impávido, simbolizando el espíritu de sacrificio del Ejército nacional

(Cuadro de Ignacio de Zuloaga, que figuró en la Exposición de San Sebastián de 1938, a que se alude en la lámina I.)



Caos en la revolución española, tras el Alzamiento; las unidades regulares son disueltas y en su lugar aparecen columnas desorganizadas, que en vano tratan de ocupar el lugar de un ejército.

(Del diario «Ahora» de Madrid, números de 22 y 24 de julio de 1936.)

por falta de tacto y exceso de vanidad, en las de héroes, mártires y agradecidos, sino a todos en españoles de su tiempo, concordes en el común sacrificio por España.

LA PAZ ESPAÑOLA DE LA HISTORIA

Por esta España, que desde que consiguió la Unidad nacional con los Reyes Católicos, mediante la conquista de Granada en 1492, no había logrado, hasta ahora, un cuarto de siglo de paz interior y exterior, hecho que no pueden negar nuestros más encarnizados enemigos. Y, como antes decíamos, no una paz desmayada y estéril, sino la más fecunda que registra nuestra historia.

No es, ni muchos menos, fácil demostrar este aserto con pruebas históricas, en el corto espacio de un artículo, siquiera se trate del de una revista especializada.

Trataremos de sintetizarlo en la forma más expresiva que nos sea posible.

Partiendo de la Unidad nacional con la conquista de Granada en 1492, tendremos bajo los Reyes Católicos y Carlos I en el siglo xvi:

- 1500: Guerra de Italia; Garellano y Ceriñola.
- 1505: Tratado de Blois.
- 1509: Guerra de Africa; Cisneros y Pedro Navarro.
- 1511: La Santa Alianza.
- 1512: Anexión de Navarra.
- 1513: Novara.
- 1520: Guerra de las Comunidades.
- 1521: Guerra con Francia.
- 1525: Pavia.
- 1529: Tratados de Madrid y Cambresis.
- 1535: Expedición de Túnez.
- 1535-1538: Guerra con Francia, por Milán.
- 1541-1544: Guerra con Argel y con Francia.
- 1547-1548: Batalla de Mülberg; intervalo de Ausburgo.
- 1551-1559: Última guerra de Carlos V y Francisco I. Paz de Cateau-Cambresis.
- 1552-1555: Guerra con Mauricio de Sajonia. Paz de Ausburgo.

Resumiendo: en el siglo xvi, bajo los Reyes Católicos y Carlos V, el mayor período de paz fue de ocho años.

Felipe II, 1556-1598.

1556: Continúa la Guerra con Francia.

1557: Batalla de San Quintín.

1558: Gravelinas.

1567: Empieza la Guerra de Flandes.

1569-1571: Guerra de los moriscos.

1571: Batalla de Lepanto.

1574: Pérdida de Túnez.

1580: Guerra de Sucesión con Portugal.

1587: Guerra con Inglaterra. Drake en Cádiz.

1588: La Armada Invencible.

1589-1598: Guerra con Francia contra Enrique IV.

En resumen: en el siglo xvi, durante el reinado de Felipe II, el mayor período de paz fue de *siete* años.

Felipe III, 1598-1621.

1609: Expulsión de los moriscos.

1618: Empieza la Guerra de los Treinta Años, en que España se pone del lado de los Hapsburgos.

En resumen: el mayor período de paz en el siglo xvi, bajo Felipe III, fue de *nueve* años.

Felipe IV, 1621-1665.

1622: Guerra de la Valtelina, con Francia, que fue una secuela de la de Treinta Años. Continúa la Guerra de Flandes.

1640-1659: Insurrección de Cataluña. Al propio tiempo:

1642: Guerra del Rosellón.

1643: Batalla de Rocroi.

1644: Separación de Portugal.

1647: Insurrección de Nápoles.

1648: Paz de Westfalia, que no comprende la guerra con Francia.

1658: Batalla de las Dunas.

1659: Paz de los Pirineos.

El resumen del siglo xvii, bajo Felipe IV, es que el mayor período de paz es de *seis* años.

Carlos II, 1665-1700.

1667-1668: Guerra de «Devolución» en Flandes. Tratado de Aix la Chapelle.

1674: Nueva guerra con Francia en Flandes. Tratado de Nimega.

1690: Liga de Ausburgo contra Luis XIV.

1697: Tratado de Ryswick.

En resumen: el mayor período de paz en el siglo xvii, bajo Carlos II, fue de *seis* años.

Felipe V, 1700-1746.

1701: Guerra de Sucesión.

1713: Tratado de Utrecht.

1717: Expedición a Cerdeña y Guerra de la Cuádruple Alianza.

1720: Tratado de La Haya.

1727: Guerra con Inglaterra y Francia.

1729: Tratado de Sevilla.

1733: Guerra por la Sucesión de Polonia.

1738: Tratado de Viena.

1740-1748: Guerra por la Sucesión de Austria.

En resumen: en el siglo xviii, bajo Felipe V, el mayor período de paz fue de *siete* años.

Fernando VI, 1746-1759.

1756: Recuperación de Menorca al comienzo de la Guerra de los Siete Años, en la que España permaneció neutral.

Mayor período de paz en el siglo xviii, bajo Fernando VI, *diez* años.

Carlos III, 1759-1788.

1762: Guerra con Inglaterra.

1763: Tratado de París.

1779: Guerra con Inglaterra por la Independencia Americana. Intento, fracasado, de recuperación de Gibraltar.

1783: Tratado de Versalles.

En resumen: el mayor período de paz en el siglo xviii, bajo

Carlos III, fue de *dieciseis* años, si se descuenta la expulsión de los jesuitas en 1667, que lo hace de *doce*.

Carlos IV, 1788-1808.

1793: Guerra con Francia.

1795: Tratado de Basilea, en que Francia devuelve sus conquistas.

1796: Guerra con Inglaterra y Alianza con Francia por el Tratado de San Ildefonso.

1800: Segundo Tratado de San Ildefonso y «Guerra de las Naranjas» con Portugal.

1805: Batalla de Trafalgar y oposición popular, encabezada por Fernando, Príncipe de Asturias, a la política francófila de Godoy.

1807: Motín de Aranjuez contra Godoy y abdicación de Carlos IV.

En resumen: el mayor período de paz, bajo Carlos IV, fue de *cinco* años.

Fernando VII, 1808-1833.

1808-1814: Guerra de la Independencia.

1810-1821: Proclamación de la Independencia de las provincias de ultramar.

1820: Levantamiento de Riego y revolución liberal.

1823: Los Cien mil hijos de San Luis y batalla del Trocadero.

1833: Muerte de Fernando VII.

En resumen: el mayor período de paz en el siglo XIX, bajo Fernando VII, fue de *dies* años.

Isabel II, 1833-1868.

1834-1839: Primera Guerra Carlista.

1840: Levantamiento de Espartero.

1842: Levantamiento de Barcelona.

1843: Levantamiento contra Espartero acaudillado por Narváez.

1854: Levantamiento de O'Donnell.

1859-1860: Guerra de Africa.

1865-1866: Guerra con Chile.

1866: Levantamiento de Prim.

1868: Revolución y derrocamiento de Isabel II.

En resumen: el mayor período de paz en el siglo XIX, bajo Isabel II, fue de *once* años.

1870: Proclamación de Amadeo I.

1873: Proclamación de la primera República. Empieza la segunda Guerra Carlista.

1875: Proclamación de Alfonso XII.

1876: Fin de la segunda guerra Carlista.

1885: Muerte de Alfonso XII «El Pacificador».

Resumen: el mayor período de paz, en el siglo XIX, desde Isabel II al fin de Alfonso XII, fue de *nueve* años.

Regencia de María Cristina, 1885-1902.

1895: Insurrección cubana.

1898: Guerra hispanoamericana y Tratado de París.

1899-1902: Insurrección y separación de Filipinas.

En resumen: el mayor período de paz en el siglo XIX, bajo María Cristina, fue de *diez* años.

Alfonso XIII, 1902-1931.

1909-1926: Guerra de Africa.

1921: Desastre de Annual.

1929: Levantamiento de los Artilleros.

1930: Levantamiento de Jaca.

1931: Proclamación de la Segunda República y exilio de Don Alfonso XIII.

En resumen: el mayor período de paz, bajo Alfonso XIII, fue de *siete* años.

Segunda República, 1931-1936.

1932: Levantamiento de Sanjurjo.

1934: Revolución de Asturias y levantamiento de Cataluña proclamando su independencia.

1936: *Iniciación del Glorioso Movimiento Nacional y proclamación de S. E. el Generalísimo Franco como Jefe del Estado español.*

Resumen: el mayor período de paz durante la Segunda República, fue de *dos* años.

Generalísimo Francisco Franco, 1936...

1939: Fin de la Guerra de Liberación.

1964: Conmemoración de los *veinticinco* años de paz fecunda, primeros en la Historia de España, desde la Unidad Nacional.

Como puede verse por la rápida ojeada histórica antecedente, los períodos de paz española desde la constitución de la Unidad Nacional hasta el Glorioso Movimiento, han oscilado, con escasas variaciones, entre el menor, dos años con la Segunda República, hasta el mayor, de doce años con Carlos III.

Esto permite ver que la Paz hispana de que disfrutamos y que conmemoramos es este número de la REVISTA, es ya de doce veces más que el menor y más del doble que el mayor, hasta este momento. Con fundada esperanza en que seguirá perdurando, con el aplauso de sus beneficiarios, los españoles, bajo el Mando de su invicto Caudillo.